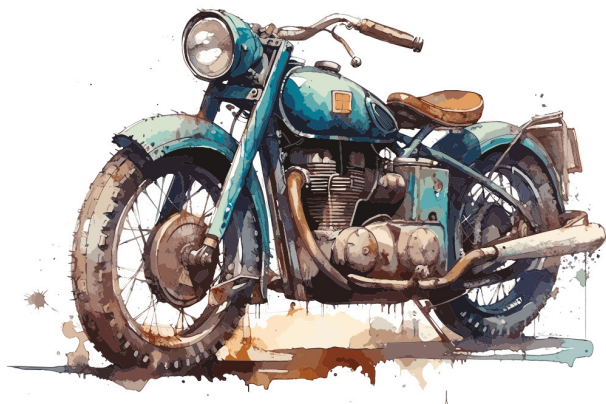


EN LA motocicleta



Rodrigo González Cruz

PROYECTO

Almendra

Proyecto Almendra

Miguel Ángel Galván Panzi, coordinador del proyecto

Edición

Miguel Ángel Galván Panzi

Consejo editorial *In memoriam* Édgar Mena †, Miguel Ángel Galván Panzi,
Nancy Mora Canchola y Luis Sarabia Jasso

Formación *Miguel Ángel Muñoz Ramírez*

Diseño de portada *Reyna I. Valencia López*

Proyecto INFOCAB PB401423

*Proyectos Editoriales, Departamento de impresiones del CCH Naucalpan,
Calzada de los Remedios 10, Colonia Los Remedios, Naucalpan, México,
CP 53400.*

Nombre del libro

Primera edición, marzo 2024

© Rodrigo González Cruz

© 2024, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, CP 04510, Ciudad de México

ISBN de la Colección Almendra

(en proceso)

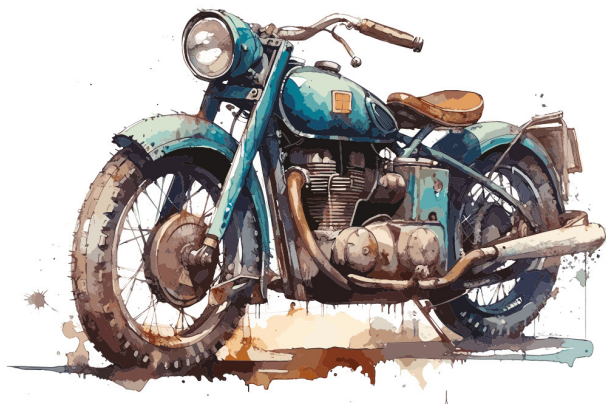
ISBN de la obra

(en proceso)

*“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales”.*

Impreso y hecho en México.

EN LA motocicleta



Rodrigo González Cruz

PROYECTO

Almendra

Eran altas horas de la madrugada. El joven contestó la llamada del celular proveniente de un viejo amigo. Conversaron temas pendientes, que no pudieron cerrar en su momento como hubieran querido. No se habían visto ni hablado desde hace ocho meses, por lo que era necesario arreglar los asuntos esta noche. La conversación fue adoptando tintes más oscuros a medida que avanzaba. El estrés que sintió el muchacho al casi término de la llamada, hizo que, en sus dedos, las gotas de sudor salieran al instante, y una extraña sensación en el estómago lo inquietara.

—Sí, sí, está bien... ya. En seguida me voy.

Diciendo esto, el joven finalizó la llamada y se llevó el celular al pantalón. Las molestias volvieron a su ojo izquierdo, pero acostumbrado a estos desperfectos en su visión, cerró su ojo y salió hacia el patio de su casa, para reencontrarse con ella: la motocicleta, apoyada sobre su tercera extremidad, quien presumía con soberbia su par de elegantes ruedas, pintura en color rojo metálico, y su faro en forma circular frente al manubrio, que, con la luz apagada, como tratándose de un cíclope dormido, yacía quieta, a la espera del joven que introdujera de nuevo la llave para despertarla.

En su otra mano, el muchacho cargaba el casco para, indudablemente, salir con su motocicleta a las afueras en medio de la noche. Montó el asiento de piel de un solo movimiento y, puesto el casco, sacó el celular nuevamente, para confirmar lo que ya suponía: que daban las tres con diez de la madrugada. Trató de abrir su ojo izquierdo, lentamente, pero las manchas no desaparecían. Lo cerró de nuevo y salió de su casa montado en la motocicleta.

Aunque las abundantes canas brotaban en docenas sobre su abollado cráneo, el tipo, a decir verdad, parecía muy joven, casi un niño. Nadie hubiera apostado que aquel chavo tuviera, en realidad, veinte años. Se independizó a los quince, después de acabar la secundaria; su amigo “el Rufián”, como le decían los skatos de la zona, le dio asilo en su casa, “por un tiempo nomás”, en lo que se conseguía algo mejor. El muchacho se las arreglaba siempre para ahorrar al menos los cien pesos a la semana que le demandaba el Rufián a modo de “renta”; aunque sabía que el Rufián se lo gastaría en todo, menos en agua o luz. Era incómodo para el muchacho vivir con el Rufián; sus delgados pero fornidos brazos, adornados con un tatuaje de un Jesucristo crucificado y un lobo, parecían cobrar vida cuando *su compañero* amenazaba al muchacho con que quería más dinero.

A falta de agua en casa, para bañarse, el joven buscaba algún amigo que “le hiciera el paro” prestándole su baño; si eso no funcionaba, tenía que gastar el poco dinero en su bolsillo, para que, a escondidas, el musculoso gerente del gimnasio le diera permiso de usar las regaderas. Hubo ocasiones en que, cuando no hubo dinero, tuvo que ir a los baños de la plaza comercial, para mojar sus genitales y axilas, antes de tener que entrar al trabajo “apestando bien culero a patas” según sus fastidiosos colegas del trabajo.

Siempre supo que tenía que ahorrar si quería dejar de vivir con el gandalla y abusivo del Rufián; si quería bañarse a diario; y, sobre todo, si quería conducir aquella motocicleta roja del Samktra, la tienda especialista en vender a crédito todo lo del hogar. Se enamoró perdidamente de aquella moto un día jueves por la mañana, en la que caminaba por los pasillos de la plaza, con los genitales, pies, axilas y cara recién lavadas y listas para chambear.

La idea de comprar una moto llevaba alojada en su cabeza varios años, pero nunca fue tan intenso su deseo de adquirir una como en el mencionado día jueves, en que entró a la tienda por mero aburrimiento. Caminó por el pasillo de las estufas.

—Uy, una de estas nos hace falta —explicó el joven para sus adentros.

Llegó a la vitrina de los celulares, y a modo de broma dijo.

—Meh. Mi garrita todavía aguanta. —mientras acariciaba con el pulgar las teclas del celular anticuado dentro de su bolsillo.

Avanzó un par de metros y la vio. Se embelesó al verle los bordes cromados, asientos en imitación piel, y el color rojo metalizado que lo hipnotizaba sobremanera. Quería tocar hasta el último rincón de ella, quedarse ahí, con ella, hacerle compañía; platicar con ella de sus tormentosos días en la casa el Rufián que le pedía más y más dinero, y que lo maltrataba cada que podía. Pero en medio de este sentimental primer encuentro con el vehículo motorizado, el muchacho comenzó a ver de nuevo borroso, empezando por su ojo izquierdo, con manchones negros que se esparcían por su campo de visión, como brea derramada sobre su córnea. Se despidió de la moto, y partió rumbo al trabajo.

Ese mismo jueves, como cualquier otro, pero entrada la noche, regresó a casa. Él no disfrutaba de regresar temprano

luego del trabajo, porque era muy probable que se encontrara allí al Rufián en el sillón, chupando cerveza o viendo pornografía en la televisión análoga de más de veinte kilos, y comenzara otra vez el conflicto. Es por eso que, saliendo del trabajo, buscaba dónde perder el tiempo: a veces en un parque, a veces en un bar de mala muerte, o a veces paseando sin rumbo entre las calles. Pero aquel jueves fue muy peculiar, llegó a casa y, para su sorpresa, notó que el Rufián no estaba, como de costumbre, tirado en el sillón. Esa noche, el muchacho durmió con la paz que tanto le hacía falta; la ausencia del Rufián en la casa era aliviadora.

Se acostó tranquilo, a sabiendas de que el Rufián no entraría de nuevo en su cuarto por la madrugada; de todos modos, puso llave en la puerta “por si las moscas”. Soñó con las curvas de aquel vehículo rojizo de dos ruedas que vio en la tienda, y despertó entre las sábanas, nuevamente embelesado, pensando que, entre sus piernas, rugía con fuerza el motor altamente revolucionado. Pensó amargamente en aquellas dos ruedas que deseaba conducir, y suspiró. Se levantó, entre tanto pensamiento, con hambre. Bajó las escaleras con cautela, en estado de extrema alerta, por si acaso el Rufián había vuelto y se encontraba allí.

Para fortuna suya, no había nadie en casa. Suspiró aliviado y caminó, ahora en completa calma, para servirse su desayuno del día.

...

El tiempo siguió su curso normal y corrieron así ocho meses y medio. Trabajó y ahorró como burro todo ese tiempo, y al fin se sintió con la seguridad suficiente para ir a verla, y adquirirla de una buena vez.

Mientras caminaba rumbo al Samktra, se preguntó qué haría si ya no estaba la dichosa moto roja, si sería capaz de reemplazarla por otra, o si la quería solamente a ella y a nadie más. Se imaginó también manejándola, desde el primer día que estuviera en sus manos, haciendo rugir el motor frente a los molestos colegas del trabajo. No se imaginó el pobrecillo que, al igual que los carros, las había manuales y automáticas, y que pasarían varios días en lo que lograba domarla a la perfección. Iba completamente perdido entre pensamientos y divagaciones; estaba soñando despierto, cuando volvieron a su ojo los repentinos manchones y desenfoques tan molestos que le estorbaban la visión.

Llegó al Samktra y, con cierto temor, preguntó a uno de los empleados por las motocicletas. Fue acompañado por Rogelio —según su gafete— el empleado de no más de veinticinco años, con camisa mal planchada de los brazos y cabello relamido por el gel.

—Claro que sí, caballero. ¿Como qué motocicleta estaba buscando?... ¿Esa roja?... hmmm...sí, me parece que todavía está disponible. Permítame preguntar en el almacén.

Todo caminaba a la perfección. El trámite se concretó, y el muchacho salió victorioso de tener entre sus manos, más cerca que nunca, y a crédito, a su mayor objeto de deseo.

Regresó contento a casa. Contento y lleno de paz. Paz ininterrumpida desde hace ocho largos meses, porque del Rufián no se sabía nada; se había hecho espuma. Hace ocho meses, luego de aquel extraño jueves en que el Rufián no se encontraba en casa, el joven pensó en abandonar la vivienda, aterrado, temeroso de que volviera el Rufián, como el perro que es agredido por su dueño, y vive temeroso de encontrarse de nuevo con él. Era necesario para el muchacho

estar siempre a la defensiva, dentro de aquella casa, esperando siempre lo peor, a que llegara el Rufián y este le partiera su madre otra vez. Como sea, el joven se acostumbró al terror de vivir en esa casa, y dicho terror se fue desvaneciendo poco a poco, porque luego de los primeros tres meses, se convenció a sí mismo de que el Rufián había muerto, o lo tenían secuestrado, o lo que “chingados fuera”, y que jamás volvería a molestarlo de nuevo.

El joven, aún extasiado por su reciente compra en el Samktra, abrió su habitación y se tendió sobre la cama. Los dolores azotaron la cabeza del muchacho otra vez, y su ojo se volvía a nublar como de costumbre. Una intensa migraña volvía a romper con la tranquilidad. Entre retortijones y espasmos intensos, provocados por el dolor en el cráneo, el joven comenzaba a recordar, cinco años atrás, el día que se salió de su primera casa, la casa de sus papás.

—Chale, wey, ya me peleé con mi papá otra vez, dizque porque sólo los maricones se dejan el pelo largo —dijo el joven, sentado sobre la rampa de patinaje.

—Estás bien pendejo, me cae —respondió el Rufián, quien estaba sentado a la izquierda del muchacho— Al chile tu jefe nomás viene a cagar el palo. Ya desde cuando te hubieras ido de tu casa, wey.

—Sí, pendejo... ¿y luego dónde vivo? No mames.

—¡Ohh! Tú tranquilo, ¿qué no somos compas? —contestó en seguida, en un tono cantadito—. *Ira*, yo te echo la mano, ¿va?... te presto un lugar ahí en mi cantón, y ahí nomás me echas una *feriecita* de vez en cuando. ¿Va?

El joven aceptó la propuesta del Rufián, su amigo con el que patinaba casi a diario en las rampas pintarrajeadas del parque. En menos de tres días había concretado la mudanza,

no obstante, a pesar del buen favor que le hizo el Rufián a su amigo, a las pocas semanas empezaron los problemas.

Acordaron que cien pesos por semana era lo justo, pero un día llegó el Rufián, entre varios gramos de droga y unas cervezas encima, a la puerta del muchacho.

—Wey... préstame doscientos, wey, ahorita te los pago —dijo el Rufián, arrastrando las palabras.

—Pe... pe... pero ya te di los cien de esta semana, we, ya no tengo más —contestó notablemente incómodo el joven, al ver el estado inconveniente del Rufián.

—¡Ay, ya wey! Préstamelos, no seas culero, mamón —contestó mirándolo a los ojos.

—Pero, wey... en serio ya no....

—Ira, wey, o me das los doscientos baros... —metió su mano al bolsillo y sacó la navaja— ¡o te voy a tener que soltar unos pinches plomazos en toda la panza! Culero... ¡¿eh, wey?! —gritó enérgico, acercando su temblorosa cara a la del chico, mientras empujaba contra su vientre una navaja sin filo.

—Neta, no tengo wey —dijo el muchacho, con los ojos llorosos y una cara de espanto—, ya te dije —y el temblor se pasó a su garganta— por favor, wey, no me hagas nada.

—Pinche putito, —cortó en seco— ¿qué? ¿Ya te vas a poner a chillar?... no mames... —el Rufián esperó un momento a que se tranquilizara— ta bien, wey, ya... no hay pedo —y por fin salió el Rufián de la habitación.

Casi siempre eran problemas con el Rufián: que si quería más dinero... que si le traía un refresco... que, si “estás agarrando de mi lana, ¿verdad, culero?” ... etcétera. El muchacho vivía aterrado en dicha casa con el que parecía ser su dueño y captor. No quería volver con sus padres, principalmente porque no quería darle la razón a su papá, sin embargo, la

situación con el Rufián se ponía cada vez peor. Lo más grave ocurrió una noche, similar a la descrita, pero hace un año, cuando el Rufián necesitaba más dinero para su droga, y fue con el muchacho a pedirle más. Pero al no recibir nada, la rabia lo hizo actuar.

Serían quizá las dos de la madrugada. El joven despertó de la nada... sintió la almohada mojada, mejor dicho, empapada. Peló los ojos y se paró asustado a revisar. Se puso de pie y un intenso dolor de cabeza sacudió al muchacho. Mareado, y al borde del desmayo, pero aún de pie, descansó su cabeza sobre la pared. El joven se desvanecía rápidamente y tumbó su cuerpo sobre la cama. Alguien prendió la luz, y antes de desmayarse, lo vio: el Rufián parado frente a la puerta, con un bate de beisbol en la mano, con la cabeza pintada en rojo por la sangre fresca. Solo entonces, con la luz prendida, pudo ver que aquello que inundaba la almohada era, en efecto, su propia sangre que fluía constante desde la parte superior de su cráneo.

A pesar del inmenso terror que sintió en ese momento, del miedo a morir, finalmente, el chico gritó por la atrocidad y el pavor que le causó la sangre y se desvaneció.

...

Despertó a los dos días después del ataque, en su cama. Tenía una visión muy pobre, pero veía. Estaba ciego de su ojo izquierdo, y el derecho desenfocaba y se cansaba al instante. Sufrió un hambre terrible, y se paró de la cama inmediatamente para comer, pero apenas se recargó sobre su propio pie, una intensa descarga eléctrica, combinada con una terrible punzada en la cabeza, lo mandó directo a la cama de nuevo.

De puro azar, o milagro divino, el joven no murió. El Rufián detuvo la hemorragia con las sábanas del muchacho, y corrió en busca de ayuda de los vecinos para vendarlo antes de que fuera tarde.

El muchacho recuperó la visión de su ojo izquierdo a los tres días, pero se asustaba cuando de la nada, se encontraba con el Rufián por la casa. Cuando sentía su presencia, una intensa migraña, acompañada de manchas y destellos estrepitosos invadían su mirada. Veía rayones y mandalas formadas por puntitos blancos. Veía vibraciones y deformaciones, y todo esto, lo aterrorizaba en extremo.

El joven ya estaba completamente seguro: necesitaba regresar a casa de sus padres.

Juntó sus cosas. Estaba listo para irse, pero odiaba imaginar lo que le diría su padre al llegar: “No puedes regresar a esta casa con esas greñas de maricón” o “¿Ya regresó el fracasadito? Ve nomás cómo te vistes, ¿en serio esperas que alguien te tome en serio?”. El muchacho apretaba el puño con rabia al imaginarse a su padre diciéndole cuan fracasado era. Tenía ganas de partirle su madre al Rufián, a su papá, a los pendejos del trabajo y a cualquiera que viniera a molestarlo.

Esa noche lloró con amargura, a escondidas del Rufián.

Aunque tenía sus cosas listas, siempre lo frenaban, al último segundo, los escenarios imaginarios de él peleándose con su padre. Además, después del batazo que le dio en el cráneo, el Rufián de algún modo se sintió triste, y dejó de molestarlo. Todo esto ayudó a que el joven se terminara quedando más y más tiempo en aquella casa. De cualquier modo, igual sentía terror al ver al ver los brazos tatuados del Rufián, y sus múltiples perforaciones en el rostro, sin embargo, el rencor contra su padre podía más. Así soportó

el joven un par de meses, entre que se iba y que no, cuando el Rufián nunca más regresó.

...

Tras ocho meses viviendo solo, el joven se compró la moto, y la recibió en la puerta de su casa, porque aparentemente, ahora la casa era suya, y es que, del Rufián no se sabía nada. Nadie lo había visto, ni los vendedores de droga de la colonia, ni los skatos, ni Don Pancho el de la tiendita. Todos pensaban que había muerto.

El joven se sentía en la cima del mundo. Con su nueva motocicleta, su única compañera y oyente, y con la casa del Rufián que ahora sentía como propia. Nada ni nadie podía opacar la felicidad de aquel muchachito solitario, raro, extraño, que hablaba “chistoso” desde que le dieron aquel golpe en la cabeza con el bate, que estaba obsesionado con las motos, que cerraba su ojo izquierdo y se agarraba la cabeza con desesperación, que se desquiciaba si alguien observaba su motocicleta en el estacionamiento, que acariciaba, desnudo, por las noches a su motocicleta antes de dormir.

Era enfermizo aquel asunto. Los pocos amigos que tenía en el trabajo los perdió cuando adquirió la moto. Él no necesitaba de nadie, más que de su roja y veloz compañera. Y por eso, aquella madrugada en que recibió la llamada del Rufián, no perdió ni un solo segundo. El celular lo despertó en medio de la noche, y contestó la llamada del último número que le hubiera gustado recibir una llamada.

—*Quiubo*, pinche rarito, ya te vi que andas estrenando motito wey —dijo el Rufián después de que contestara el teléfono el muchacho— la otra vez te vi, we, cómo te le po-

nías al pedo a la pobre viejita en el estacionamiento. Ya ni la chingas —y el Rufián soltó una risa burlona.

—¿Qué onda, Marcos? —respondió petrificado el muchacho. La piel se le puso blanca, y sintió el rápido bajón de las energías en su cuerpo.

—Bien, bien... todo tranqui, we. Veo que te la estás pasando a toda madre en mi casa, ¿verdad, culero?... ¿cómo cuánto me debes? No te hagas —en esto, el Rufián escuchó al otro lado de la llamada, los moqueos del muchacho— como que ya es hora de pasar por mi renta, ¿no se te hace?

—No mames Rufián, por favor —contestó desesperado, apretando el teléfono en su mano, deseando que el Rufián fuera solo una triste alucinación, un fantasma, un muerto, una aparición.

—No, wey, tú no te pases de listo. Pinche sanguijuela, mejor salte de mi casa, cabrón.

—Marcos —se le quebró la voz— no seas así, por favor... —respondió el joven al borde del llanto— dame chance y te junto lo que te debo, pero por favor, no seas así.

—¡Ni madres, culero! —gritó el Rufián con furia impresa en la voz— ni has de tener dinero. Ya te vi que andas repitiendo ropa toda la semana, no mames, de seguro has de oler a patas —concluyó, mientras los sollozos del muchacho a través del altavoz del celular se hicieron escuchar—... Mira...ya, wey... deja de llorar *chingao*. —e hizo una breve pausa— vamos a hacer un trato, wey, ¿te parece?

El muchacho se secó las lágrimas. Solo contestó un “ujum”.

—Tú me das la motocicleta —pronunció en seco— y quedamos tablas...—y un profundo silencio se hizo notar— te dejo vivir el rato que quieras ahí en mi casa. ¿Te late?

El muchacho apretaba los dientes con fuerza. Lastimó sus palmas al momento de encajar con fuerza sobre su propia carne las uñas sin cortar. Un zumbido leve dentro de su oído se acrecentó en tan solo dos segundos, y al tiempo del zumbido, telarañas comenzaron a invadir su campo de visión. De nuevo venían los intensos azotes del látigo imaginario que sentía quebrar en dos pedazos su cabeza. Perdió absolutamente la visión izquierda. Comenzó a jalar aire de manera brusca, al sentir que se asfixiaba en ese momento. El Rufián se metía en terrenos sensibles al pedir un trueque con la motocicleta roja, la amada del muchacho. Luego de un minuto sin respuesta, el Rufián agregó.

—Mira, wey, la neta te quería dar chance, pero nomás me haces perder mi tiempo. Tienes exactamente cinco minutos —tomó fuerza— ¡para abandonar mi puta casa! Si entro y ahí sigues, al chile no respondo, culero, ya voy para allá —y el Rufián azotó con dureza el bate contra el muro en obra negra sobre el cual se recargaba, para que lo escuchara el joven a través de su celular, el mismo bate con el que le abrió la cabeza hace un año, y que, como perro rabioso, tenía sed de sangre, sangre del mismo muchacho, sed de volver a abrirle el cráneo de un solo golpe, y quizá hasta asesinarlo.

—Sí, sí, está bien... ya. En seguida me voy.

Diciendo esto, el joven finalizó la llamada y se llevó el celular al pantalón. Buscó la motocicleta, y la encontró, ahí, parada, más radiante que nunca. Aquel vehículo motorizado, su mayor objeto de deseo, nunca se había visto más bella que aquella noche en la que, dentro de la penumbra, su color rojizo se confundía con un inusual tono morado. Pasó su lengua sobre la moto, por el depósito de combustible, y concluyó.

—Nadie, más que yo, te pondrá un dedo encima, cariño.

El muchacho partió de su casa —que en realidad era la casa del Rufián— sin saber adónde iba. Aceleró y sintió las hipnotizantes vibraciones del motor entre sus piernas, aún más intensas y excitantes que las que sentía en sus sueños.

Recorrió calles y callejones, avenidas y cruces, hasta que llegó a la carretera y se detuvo.

Siendo entonces las altas horas de la madrugada previamente descritas, el muchacho notó que la carretera iba sencillamente vacía. Apretó el embrague con firmeza; colocó la primera marcha y aceleró milimétricamente con el giro de su mano derecha. Soltó suavemente el embrague y las ruedas comenzaron a girar directo hacia la carretera. No quería retroceder.

Se incorporó al carril central a sabiendas de que no había coches y aceleró bruscamente de un jalón. Las altas revoluciones del motor reverberaron con tanta fuerza que opacó los cantares de los grillos. Nunca había sentido tal velocidad. La libertad que experimentaba a esas altas velocidades no tenía nombre.

—¡Nunca había ido tan rápido! —pensó el muchacho— ¡esto es vida!

Pasaba con velocidad al lado de árboles y edificios que adornaban la periferia de la carretera. El aire que azotaba con violencia la chamarra, hacía que se levantaran los bordes traseros de la prenda, haciéndola ver como una especie de aleta, o un ala, con la que, el muchacho, se sentía como ave voladora y fugaz.

El muchacho era tan feliz que, sin darse cuenta, estaba prácticamente manejando ciego. Una vez más, los manchones bloqueaban su visión, pero esta vez era en ambos ojos. Increíblemente, la dicha de vivir un momento mágico, es capaz de distraernos de los sentimientos físicos que podamos

padecer en dicho momento. Escuchó a lo lejos la voz de una señora, pero dicha lejanía se disolvió en pocos segundos por las altas velocidades a las que manejaba. La señora, desconsolada, gritaba a todo pulmón.

—¡Párate, cabrón!

El joven solo veía manchones y unas borrosas luces de faros traseros. No quiso frenar bruscamente, porque sabía que, a dicha velocidad, saldría contraproducente.

La motocicleta embistió con la fuerza de mil camiones a la señora en bata de dormir, y la empujó varios metros adelante. Esta cayó sobre su propia cabeza, dejando un auténtico rompecabezas de cráneo. El joven abrió los ojos y el olor a hierro inundó las fosas nasales del muchacho, pero no era su propia sangre, sino era la que despedía en un charco la cabeza de la señora.

—¡Oh, mierda! —miró aterrado el cadáver.

El joven observó sus piernas, y aparentemente salió intacto —aunque con, eso sí, profundos raspones sangrantes—. Trató de levantarse, pero todo el cuerpo le dolía. Se paró tras varios esfuerzos inútiles, y, completamente tembloroso y débil, trató de levantar la moto. Con hartas fuerzas pudo por fin ponerla en pie y subirse en ella. Descansó sobre el manubrio, tembloroso, con ganas de vomitar. Miró a lo lejos que se acercaba un tráiler. Apresurado y desesperado por no ser visto, giró la llave para prenderla. Quiso huir rápido de la escena, pegar la fuga cuanto antes, pero la gran desesperación en sus manos hizo que se le apagara el vehículo. Maldijo a su amada. Giró la llave otra vez, y por fin logró despegar.

Abandonó la escena a toda velocidad. Aprovechando la tiniebla propia de la madrugada, ingresó a la colonia, cual tuza en su madriguera, y se escabulló entre las calles, aliviado de no ser visto.

Por **Rodrigo González Cruz**, editado por el Colegio de Ciencias y Humanidades Naucalpan, se terminó de maquetar en marzo de 2024. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Miguel Ángel Galván y Nancy Mora. Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA, Proyecto INFOCAB PB 401423.

DIRECTORIO

UNAM

Dr. Leonardo Lomeli Vanegas

Rector

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

Secretaria General

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

Secretario Administrativo

Dra. Tamara Martínez Ruiz

Secretaria de Desarrollo Institucional

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

Secretario de Prevención, Atención

y Seguridad Universitaria

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

Abogado General

Mtro. Néstor Martínez Cristo

Director General de Comunicación Social

CCH

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

Director General

Mtra. Mayra Monsalvo Carmona

Secretaria General

PLANTEL NAUCALPAN

Mtro. Keshava R. Quintanar Cano

Director

Mtra. Verónica Berenice Ruiz Melgarejo

Secretaria General

Mtra. Teresa Sánchez Serrano

Secretaria Administrativa

Ing. Damián Feltrín Rodríguez

Secretario Académico

Lic. Elizabeth Hernández López

Secretaria Docente

Biól. María del Rosario Rodríguez García

Secretaria de Servicios Estudiantiles

Lic. Isaac Hernán Hernández Hernández

Secretario de Apoyo al Aprendizaje y Cómputo

Lic. Mireya Adriana Cruz Reséndiz

Secretaria de Atención a la Comunidad

Lic. Tania Montserrat Sánchez Pomposo

Secretario de Arte y Cultura

Lic. Ana Rocio Alvarado Torres

Secretaria de Administración Escolar

Ing. Carmen Tenorio Chávez

Secretaria Técnica del Siladin

Lic. Reyna I. Valencia López

Coord. de Gestión y Planeación

Mtra. María Guadalupe Peña Tapia

Jefa de la Oficina Jurídica

Mtro. Miguel Angel Muñoz Ramírez

Jefe del departamento de Impresiones
y Proyectos Editoriales



Ten la seguridad, lector, que te será fácil recordar la trama de *En la motocicleta* de Rodrigo González Cruz, ya sea durante un paseo por una humilde colonia o hasta por los comerciales de la televisión. Un joven innominado (quizá porque, como su historia misma, su nombre carece del más mínimo sentido) encuentra al amor de su vida... una moto, en el aparador de una de tantas tiendas al por menor; pero su camino hasta encontrarla, recuerda nuestro protagonista, no ha sido sencillo: ha pasado por peleas de nunca acabar, la precariedad, el abuso y problemas sensitivos, y se tornará más duro ahora que vuelve un oscuro personaje de su pasado, Marcos, el apodado “Rufián”.

Aunque narrado en un lenguaje serio y bien logrado, acompañado por nítidas comparaciones y metáforas, resalta por mucho el aderezo de frases coloquiales y palabras altisonantes, muy adecuadas y oportunas en el contexto de la obra. *En la motocicleta* narra una historia con cuyos elementos te sentirás plenamente identificado, lector. Queda atento de esta pluma que, sin lugar a dudas, tendrá a bien traernos más obras tan magníficas como la presente.

Luis Sarabia Jasso

Este libro se publicó gracias al apoyo de la DGAPA,
Proyecto INFOCAB PB 401423.

ISBN En trámite